

El tiempo es una isla a la que todos vamos y todos regresamos. Lo cierto es que Dios es polvo y es lluvia, y tú, y yo misma también. Puede que Dios sea este libro que sostienen mis manos dilatando las horas, y tú estrofa de poemas a la que me has prendido, andariego de aire por mi pueblo. A mí me suena cuando llueve tu nombre a piano, a transparencia y un clavel que se mece a tumbos por el camino encharcado que recibe a mis amigos y a mis años. Me gusta cuando llueve porque leo tus libros, y otros muchos, y entre todos lograis que afloren mis alas haciéndome sentir más libre y nunca sola. Entonces resbala mi llanto y mi declive en el espejo de la penumbra de la lluvia, sabiendo que me hallo irrevocablemente enamorado del agua y los poetas. Las gotas que me circundan el alma son una proporción de héroes de papiros y pienso que nunca estuve más loca por convertir mi corazón en agua, ni creo que nunca estuve más cuerda por regresar a contemplar tu frente y tus canas; y verte esconder tu mirada tras la llanura infinita de un folio, que hablará de tí después, encuadernando pensamientos, sueños y añoranzas... Todo lo esconden tus ojos y todo lo estrechan tus manos. Todo menos la lluvia que se te escapa libremente. El umbral es la lluvia y un verso tuyo que me golpea al corazón.

Natividad CEPEDA

